

Mensajes pas Sofía

Fran Moreno

MENSJES PARA SOFÍA

Fran
Moreno



Capítulo 1

Se escucha el toc, toc en la puerta mientras ella está preparándose un poco de café para terminar de despertar. Mira la hora en el reloj digital que hay colgado en la pared, aún no son ni las seis. Camina hacia la entrada y antes de abrir se percata del papel que está a punto de pisar, alguien debió pasarlo por debajo, lo revisa, es barato, del único que hay accesible últimamente. Se lo acerca a la nariz: ningún olor particular, el lapicero que utilizaron es azul, también de marca común. Por fin lo abre. Se encuentra con algunos dibujos y piensa que debe ser una broma y ella no está de humor para chistecitos de niñas sin nada bueno que hacer. Camina de nuevo a la cocina y deja el papel sobre el desayunador. Se sienta con una taza humeante de café además de un par de tostadas para desayunar y mira fijamente la nota.

Sofía Martínez es una detective retirada de unos treinta y varios años. El grave shock emocional que le provocó un caso cuatro años atrás la hizo retirarse y vive de la poca renta que le queda después de todo los impuestos con los que se queda el gobierno por un par de casas heredadas. El gusanito que antes deambulaba por sus sentidos para ponerlos alerta frente a una importante pista quería hacer de las suyas al encontrarse frente a aquellos dibujos que llegaron a su puerta.



No era nada difícil, un reloj, una fuente y una nota. Es un juego de niños. Sabe que en la Plaza de la Cultura se encuentra una fuente de antaño cuyo nombre ya nadie recuerda. El reloj dibujado parece marcar las 8:00, debe ser de la mañana, difícilmente de la tarde pues el toque de queda comienza pasadas las seis. El papel probablemente representaría una nueva nota que debe encontrar ahí. Mira en rededor, no tiene nada mejor que hacer en medio de la monotonía de su vida. Toma una chaqueta y sale. Son las siete, tiene tiempo de sobra.

Sale a la calle y está atestada de mujeres de clase baja que van y vienen a gran velocidad, se dan prisa para llegar a casa de sus señoras. Sofía las mira, llevan una gran angustia en sus rostros, sus piernas caminan a más no poder. Recuerda cuando La Señora llegó al poder, prometiendo igualdad para la mujer. Sabíamos que sería un gobierno feminista, pero no a tales extremos. Todas las mujeres casadas y dependientes de un

hombre terminaron siendo subordinadas de las empoderadas y son esas mismas las que todas las mañanas corren de acá para allá por la ciudad, haciendo recados, llevando y recogiendo encargos, corriendo de prisa a las enormes casas de la alta sociedad femenina para lustrar pisos, planchar hasta las sábanas, atender niñas y preparar platillos exóticos para sus señoras.

Llega a la Plaza de la Cultura cuando aún faltan veinte minutos para las 8:00 , así que decide darse una vuelta por la heladería de la esquina que solía visitar con él. Sabe que le traerá algunos recuerdos dulces y amargos al mismo tiempo, pero a eso se a acostumbrado. Pide uno de menta y chocolate pero la dependienta le dice que los únicos que venden ahora son fresa y vainilla, los preferidos de La Señora, cualquier otro está prohibido. Sofía elige el de vainilla. Con el tiempo restante da un corto recorrido por La Avenida Central, observa las librerías de renombre que ahora solo promueven el libro como <<La Señora>> que es autobiográfico, otro cuyo título dice <<Cómo llegar al poder según La Señora>> y uno más en cuya portada lleva con grandes letras blancas <<"El hombre", criatura en peligro de extinción>>. Las barrenderas mantienen el suelo hecho de adoquines en perfecta limpieza y le recuerdan a las transeúntes lo importante que es el no tirar la basura al suelo con una falsa sonrisa de cortesía. Sofía mira su reloj, 8:04. Se apresura a regresar a la Plaza de la Cultura. Cuando llega a la fuente pronto se encuentra con una bolsita plástica que resguarda un papel de las gotas de agua que salpican. Parece que ninguna mujer le presta atención. Saca la nota y de nuevo se topa con dibujos.



Esta vez el mensaje inquieta a Sofía. Le hace recordar los rumores que ha escuchado sobre experimentos y que se ha negado a creer. Se sienta un momento en una de las bancas que hay cerca y mira algunas palomas picar algo de maíz que probablemente alguna niña dejó ahí regado para las aves. Intenta analizar la situación con cabeza fría y no dejarse llevar por impulsos, algo que aprendió en su carrera como detective fue que los impulsos a menudo te ponen en caminos de pistas falsas o mucho peor, te llevan a situaciones de peligro. Se da cuenta que es el momento de preguntarse quién está enviando las notas y con qué intención lo hace. Por qué ahora y no antes. Aunque está última reflexión le lanza una respuesta casi inmediata. No quiere temer lo peor, no basándose en un par de mensajes extraños que han aparecido de la nada para revolverle los pensamientos. Sabe que ir a ese lugar sería un golpe para ella. Sabe

que no quiere hacerlo, pero ahora mismo no está segura de nada. Podría ignorar los dibujos del papel y eso sería todo, hacerse a la idea de que probablemente no sea más que la broma pesada de alguna niña aburrída durante las vacaciones escolares que ha decidido matar el tiempo de ocio jugándole una mala pasada a la ex detective que su madre le dijo que vive encerrada en el 12B del edificio de apartamentos. Sería mejor así. Podría regresar a casa y dar el asunto por concluido. <<Eso haré >>, se dice así misma, mientras traza la ruta a pie de regreso a casa. Una vez ahí, entra a la zona de parqueo, sube a su auto y conduce con dirección al zoológico.

El Simón Bolívar es un zoológico que en más de una ocasión intentó ser clausurado por el repudiable estado en que se mantenían los animales. Cuando La Señora ocupó su lugar logró de una vez por todas desalojar a las desafortunadas criaturas para que fueran llevadas a sitios mejores, lo cual mejoró mucho su imagen. Lo que dispuso hacer después con las instalaciones fue algo que tomó por sorpresa a todos.

Sofía llega al lugar, estaciona, baja del auto y se queda de pie frente a la entrada. Después de un par de pensamientos de arrepentimiento y un hondo suspiro, se da valor para caminar hasta la taquilla y comprar un boleto para entrar mientras se odia a sí misma por dar algo de su dinero a una actividad como tal.

Recibe su tiquete el cuál pone en el bolsillo trasero junto a su celular. Cruza la entrada y baja por una larga rampa hasta llegar a zona plana, ve un carrito con palomitas y otro con globos que tienen forma de cabeza de niño. A un lado se ve la tienda de suvenires de dónde sale las niñas con sonrisas de oreja a oreja llevando en mano las figurillas de chiquillos en taparrabo y mujeres con llaveros que semejan las jaulas del zoológico.

A Sofía le hierve la sangre al ver tantos rostros de alegría en niñas pequeñas y chicas jóvenes. Sin embargo, al adentrarse en el lugar descubre que no todo es felicidad por parte de las visitantes. Hay mujeres que miran con los ojos aguados en el interior de las jaulas a los hombres que alguna vez fueron sus esposos, sus hijos, sus hermanos o sus padres y que ahora no son más que criaturas en exhibición catalogadas en peligro de extinción. Algunos se acercan a los barrotes que les separa del mundo que alguna vez conocieron para saludar a quienes reconocen, se dan palabras de aliento diciéndose que aquel destino no podrá ser eterno, que alguien hará algo para cambiarlo, que a La Señora se le ablandará el corazón tarde o temprano y dejará en libertad a los que queden, <<si es que quedan y si es que tiene corazón>>, se dice Sofía.

Se adentra un poco más en el lugar. Sus ojos recorren las jaulas y pronto se da cuenta de que algo no está bien. De a poco en el recorrido se puede ver que hay enormes diferencias entre los que están encerrados al principio, aquellos se ven aún... humanos, la tristeza es evidente en su

mirada y también una minúscula chispa de esperanza, pero en otros el comportamiento es distinto. Se ven aislados, y sus ojos se ven rabiosos, rojizos. Hay mujeres que les hablan con cariño, les llaman por sus nombres pero no atienden a ellos, como si los hubieran olvidado, en cambio dirigen su mirada a las otras que ríen y les señalan. Un grupo de adolescentes se cuchichean algo y luego toman un puñado de palomitas acarameladas y lo lanzan dentro, luego estallan en carcajadas al ver como se arrojan las criaturas a comerlas vorazmente. Uno de ellos alza la vista y la chica que lanzó las palomitas introduce los dedos dulces en su boca de forma lasciva, el hombre entonces se estrella contra los barrotes y los lame con su lengua. La chica prorrumpe en risotadas y una guarda que observa lo que hace la criatura introduce una especie de varilla con la que le da un choque eléctrico.

—¡Por eso están ahí metidos, salvaje! — le grita la chica al verlo caer de espaldas con algo de vómito en su boca y el taparrabo alzado dejando a la vista sus genitales — y ni pito tiene el infeliz —dice antes de reír todas juntas de nuevo y marcharse.

Sofía comienza a temer lo peor, no encuentra el rostro que busca y decide adentrarse más, donde la escena es más deplorable. Las últimas jaulas contienen hombres mucho más aislados y ensimismados, en extrema delgadez y mantienen una mirada perdida en un lugar ajeno a dónde se encuentran. Lo que más le perturba son los niños, no los había visto antes y ahora se los encuentra a todos juntos, acurrucados en las esquinas, con marañas de cabello que no permiten saber donde termina una cabeza y comienza la otra. De repente siente las lágrimas que corren por su rostro al ver la imagen de esas caritas infantiles sucias y cadavérica y al mismo tiempo por sentirse agradecida de que aquel niño que alguna vez estuvo en su vientre no logró llegar al mundo. Está a punto de apartarse del área donde se encuentran los pequeños cuando escucha una vocecilla que dice su nombre, al girar para mirar se encuentra con un niño que la observa fijamente.

—¿Usted es Sofía? — pregunta casi en susurro.

—S...Sí, soy yo.

—¿Entonces le llegaron las notas que le envié?

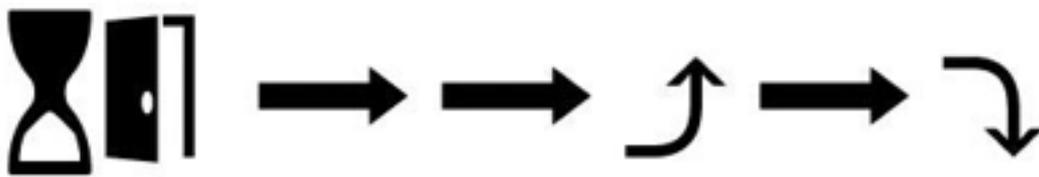
—¿Fuiste tú?

—Le dije a mi mamá donde ponerlas, pero las notas las dibujó Michael.

—¿Conoces a Michael? — pregunta Sofía casi en un hilo de voz y sus ojos se humedecen de nuevo.

—Cuando llegamos aquí el fue muy bueno conmigo. El otro día me llevaron a un lugar donde él estaba encerrado, estaba solo y no se por qué. El me pidió que cuando mamá viniera a verme le dijera que hiciera llegar las notas. Que ella lo hiciera a escondidas y que así sería menos peligroso. Además me dijo que le diera esta si usted llegaba aquí — le entrega un papel algo sucio — ahora aléjese porque puede venir la guarda.

Sofía así lo hace y dónde piensa que nadie podrá verla abre la nota.



Solo necesita un instante para comprender. A Michael se le acabó el tiempo y le está dando instrucciones para que ella pueda encontrarlo, dobla el papel y lo guarda en su seno. Regresa hacia la jaula donde está el niño que le dio la nota, supone que desde ahí la guían las flechas que Michael dibujó. Desde ahí ve una puerta a la derecha con un rótulo que dice "Solo personal autorizado", mira hacia un lado y otro y no ve a nadie. Prueba suerte y para su sorpresa la puerta no está bajo llave. Entra sigilosa y se topa con un pasillo vacío y en penumbra. Sin hacer ruido, camina y ve una puerta nuevamente a la derecha, la ignora, sigue caminando y se topa con un pasillo a su izquierda, continúa derecho por ahí y pronto encuentra la ruta hacia la derecha. La poca luz se vuelve cada vez más escasa y Sofía saca el celular para iluminarse con el Led del flash. Continúa caminando hasta lograr vislumbrar a un poco de distancia lo que parece ser una jaula mucho más pequeña que las que vio antes.

—¿So... Sofía? — se escucha una voz ronca provenir del fondo, al parecer desde la jaula.

—¿Michael?

—La... la luz. Me lastima los ojos, mi amor.

—La apagaré.

—Ven, mi amor, te he extrañado tanto.

Sofía se acerca y siente las manos de Michael en medio de los barrotes.

—Perdóname — exclama Sofía entre sollozos — perdóname por no venir

antes. Perdóname por no regresar. No podía verte así.

—Shhh... calma, mi amor, lo sé.

—Michael, lo de los experimentos, ¿es verdad?

—Nos hacen cosas horribles aquí, Sofía. Nos inyectan cosas. A los demás los he visto volverse locos, otros mueren, otros... no mueren pero les vendría mejor la muerte.

—Es horrible, Michael — Sofía rompe en llanto al imaginar lo que ha debido enfrentar su esposo.

—Shhh... ahora, me tienen encerrado como cuarentena para experimentar un nuevo virus.

—¿Qué? —pregunta asustada — y... ¿Ya te lo inyectaron?

—¿Recuerdas mi amor, nuestra primera cita? Llevabas un bello vestido verde esmeralda, era idéntico al color de tus hermosos ojos.

—Michael, ¿te inyectaron ya el virus?

Michael atrapa entre sus garras las muñecas de Sofía.

—¿Lo recuerdas mi amor? El día de nuestra boda.

—Michael, debo irme, suéltame.

—Juramos amarnos para siempre.

—¡Michael, suéltame!

—En la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. ¿¿Lo recuerdas, mi amor!!

De un tirón, Michael acerca el rostro de Sofía lo suficiente para que sus resbalosos tentáculos aprisionen su rostro y robarle un nauseabundo beso de sus labios. Después la suelta. Sofía siente que cae en un charco de material viscoso y saca su teléfono para iluminarse y ve que proviene de la jaula, además se topa de paso con horror al monstruo en que se ha convertido Michael.

—Mírame mi amor, contempla la criatura de zoológico en que te convertirás. ¡Aquí vas a terminar! Padecerás lo que yo he padecido y estarás sola como yo lo estuve. Todas se convertirán en lo que nos

convirtieron y será gracias a ti.

Sofía se levanta y huye mientras escucha las carcajadas de su esposo en la oscuridad que la persigue.